

González García, Francisco y Ortega del Cerro, Pablo (eds.), *Los hogares de los mares. La familia en la España marítima, siglos XVI-XIX*, Gijón, Ediciones Trea y Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2024, 354 págs. ISBN: 978-84-19823-71-7.

Sergio Manuel Rodríguez Lorenzo¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.37.2024.42295>

La combinación de demografía histórica e historia marítima no ha sido muy cultivada en España. Ya solo por la novedad que supone el cruce de estas dos disciplinas exuberantes, el libro colectivo objeto de nuestro comentario merece su lectura. Quienes se acerquen a él, tomarán pronto conciencia de la fertilidad que brota de sus páginas, gracias a la simbiosis de enfoques sobre el pasado quizá demasiadas veces sin contacto por mor de especializaciones y celos territoriales. Una prueba más de que cuando lo multidisciplinar es genuino rinde frutos invaluable. Es de justicia agradecer el compromiso de los dos editores del volumen (Francisco García González y Pablo Ortega del Cerro) para que este acercamiento haya tenido lugar y que podamos beneficiarnos de ello.

El volumen es de los de largo aliento: trece trabajos independientes elaborados, unos con otros, por dieciséis historiadores e historiadoras. Cada uno con su estilo, ninguno decae del tono general. Bien escritos, corteses con los lectores por su claridad y documentados –muy documentados–, exigen, sin embargo, el sorbo breve. No admite las prisas. Estamos, en definitiva, ante un libro bien distante de las comedias ligeras que en más de una ocasión podemos encontrar en las mesas de novedades.

Aunque la cronología abarca desde el siglo XVI al XIX, la mayoría de los estudios se centra en el Setecientos, con especial énfasis en su segunda mitad. Solo tres se dedican a los primeros siglos de la Edad Moderna. El siglo XIX apenas si aparece en un par de trabajos y, en cierta medida, considerado como parte final de un *largo* XVIII. Geográficamente, *Los hogares de los mares* cubre casi todo el litoral español: Galicia, Asturias, País Vasco, Cataluña, Valencia, Murcia, la Andalucía mediterránea (de Almería a Málaga), Cádiz, Canarias y el Atlántico Medio de la Carrera de Indias. Han quedado sin su indagación correspondiente la costa balear, la cantábrica (de las Cuatro Villas) y la onubense. Podemos inferir, sin embargo, que la situación no sería muy distinta de la que ofrecen las investigaciones disponibles y que demuestran, precisamente, un comportamiento demográfico y socio-familiar bastante parecido entre las poblaciones vinculadas al mar, más allá del lugar concreto e incluso del tiempo: familias generalmente nucleares, sin demasiados hijos, escasa importancia de la familia extensa, desigualdad económica no determinante en las pautas familiares, altos niveles de pobreza, muchos hogares con maridos y padres «ausentes», un matriarcado *sui generis* (mujeres que sacan adelante sus

1. Centro de Estudios Montañeses (Santander); srodriguezlorenzo@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/000-0002-2479-6539>.

casas y familias con reglas patriarcales), solidaridades entre vecinos y compañeros de profesión. Ninguna conclusión revolucionaria. El objetivo del libro no era ese, sino superar las intuiciones y aportar las pruebas; afilar métodos, asegurar caminos, señalar nuevas veredas.

Tras una introducción de los editores que establece los límites y esperanzas del volumen, el trabajo inicial es el de Pablo Emilio Pérez-Mallaína («La vida a bordo. Un microcosmos social en la Carrera de Indias», pp. 15-36). Fruto de un quehacer historiográfico de más de 40 años, constituye la quintaesencia de dos de las obras más influyentes en la historia marítima española: *Los hombres del océano* (1992) y *El hombre frente al mar* (1996). Las flotas de la Carrera de Indias son ciudades portátiles que reproducen los conflictos, jerarquías y lazos provenientes del mundo terrestre; la mar solo diluye algunas de las rigideces de tierra adentro. La experiencia común de los marinos no fragua en un monolito; la posición socioeconómica es decisiva, casi con independencia de los orígenes: del rico señor de nao hasta el misérrimo paje. Hijos de la pobreza en casi todos los casos, los marineros de la Carrera son eternos supervivientes sociales y, cuando el orden social se desfonda en los naufragios, supervivientes físicos frente a las altas jerarquías embarcadas en las naos.

Como el de Pérez-Mallaína, otras dos colaboraciones se dedican a los siglos XVI y XVII. La que firma Elena Llorente Arribas («Familias en ultramar. Casas de comercio vizcaínas en el Atlántico (siglos XVI y XVII)», pp. 149-169) nos presenta la relación dialéctica entre negocio y estrategia familiar de varios linajes de Portugaleta, Bilbao, Elorrio y Lequetio. Cómo los negocios (muy vinculados al tráfico de hierro y lana a través de los puertos cantábricos) se fortifican a través de alianzas, ya sean estrictamente familiares mediante matrimonios, o de íntima amistad a través del pupilaje de hijos para su educación como mercaderes. Por otro lado, el trabajo de Judit Vidal Bonavila («Los trabajadores de las almadrabas y sus familias en Valencia y Cataluña, siglos XVI y XVII», pp. 193-213) se dedica a esa técnica de pesca generadora de una sociedad por la concentración de personas necesarias para su funcionamiento. De la descripción de los oficios implicados en las almadrabas del litoral valenciano y catalán, tanto en tierra como sobre el copo, sus condiciones laborales, sus retribuciones..., se pasa a los campamentos almadraberos, polos de atracción de gentes de casi toda la costa mediterránea, incluso del interior peninsular, con los consiguientes vínculos culturales y familiares que alcanzaban hasta Cerdeña y Sicilia.

El resto del libro es dominio del siglo XVIII, en que la gente de mar vio tan condicionada su vida por los compromisos navales de la Monarquía. Uno de los instrumentos que sirvieron para satisfacer las exigencias de la Armada fue la Matrícula de Mar. Hoy en día, nadie la conoce mejor que José Manuel Vázquez Lijó, cuya contribución al libro («Los matriculados de mar, 1750-1830: notas sobre cómputos, problemas, fraudes y remedios», pp. 37-57) es una excelente introducción a la Matrícula como fuente histórica. Más que unas instrucciones de uso, constituye un breve catálogo de advertencias.

Si hay una aportación que ponga de manifiesto la complejidad de desentrañar el pasado, esa es la de Anxo Rodríguez Lemos («Entre *o mar de fóra* y *o mar de dentro*: las familias en la Galicia marítima a finales de la Edad Moderna», pp. 101-129).

A partir de testimonios procedentes de cuatro archivos y de un aprovechamiento intenso de la bibliografía, nos informa sobre el número de feligresías, jurisdicciones, características y estructura de la flota gallega, la propiedad de las naves, sus tripulaciones, evolución de la actividad pesquera, así como datos más puramente demográficos, como las cifras de población en distintos puertos gallegos, tasas de fecundidad, *sex ratio*, mortalidad infantil, celibato. También nos introduce en el papel de las mujeres, los niños y niñas y los foráneos en la sociedad marítima de la región, los sistemas de herencia, los hogares solitarios. Cada frase del estudio es matizada por la siguiente. La conclusión –poco atractiva para quien solo busca lo claro y distinto– es digna de meditar: «Como el mar, los ritmos de la vida tenían pleamares y bajamares» (p. 123).

El análisis del territorio asturiano corre a cargo de Fernando Manzano Ledesma («¿Más vale comprar la sangre? Cartografía de los matrimonios entre parientes en Asturias (siglos XVIII-XIX)», pp. 131-148). Sobre una base de datos de 44.045 registros matrimoniales, analiza por qué los porcentajes de matrimonios entre parientes variaron de unas zonas a otras de Asturias. La causa más probable radica en el sistema de herencia: allí donde prima el mayorazgo (el occidente asturiano), la consanguineidad matrimonial resulta un fenómeno residual, aunque aumentan los porcentajes de hogares complejos por los hermanos menores perjudicados que, solteros, se acogen a la protección de la casa principal. Por el contrario, en el centro y oriente de Asturias se reparte la herencia de manera más igualitaria entre hermanos, y la forma de conseguir la devolución de bienes hacia la casa, el linaje, es precisamente el matrimonio entre parientes.

El resto de las aportaciones de *Los hogares* puede organizarse en dos grupos: el que se escribe desde un punto de vista de género, más o menos marcado; y el que se organiza sobre una noción topográfica. Pablo Ortega del Cerro examina el impacto demográfico, económico y social que para Cartagena supuso el convertirse en sede del Departamento Marítimo del Mediterráneo a partir de 1726 («A la sombra de la Armada: hogares, familias y parentelas del Departamento Marítimo de Cartagena en el siglo XVIII», pp. 215-256). Con el Catastro de Ensenada como fundamento, elabora una clasificación de todas aquellas personas que trabajan de un modo u otro para el Arsenal, así como el número de hogares, individuos y características de quien ejerce como cabeza de familia. Un brevísimo alineamiento teórico-metodológico que integra sin solución de continuidad en el cuerpo del texto, sirve de introducción al meollo del trabajo. La fuente primordial para su análisis son las escrituras notariales otorgadas ante la Escribanía de Marina entre 1728 y 1775. Aunque las ha consultado a fondo, en esta ocasión se centra en los testamentos, que nos permiten conocer muchos de los comportamientos implicados en las relaciones entre familiares directos, parientes algo más lejanos, amigos, vecinos, compañeros de profesión. La clasificación socio-profesional de la que partía le sirve para organizar los datos y en general se manifiestan actitudes similares entre los grupos: predominio de la familia nuclear, solidaridades entre parientes, vecinos y colegas que mitigan los infortunios de la vida.

El estudio del Mediterráneo andaluz lo realizan Francisco García González y Daniel Maldonado Cid («Hogares y gente de mar en la Andalucía mediterránea

a fines del Antiguo Régimen», pp. 257-283). El cimiento documental proviene del Catastro de Ensenada, cuyos frutos no dejan de dar jugo. Se analizan 17.735 hogares de dieciséis núcleos poblacionales de la costa de Málaga, Granada y Almería. Entre la gente de mar, el 85 % de los hogares se conformaban mediante un matrimonio nuclear. La unidad residencial solía integrarse por un número mayor de personas que las no ligadas al mar, síntoma de un vitalismo en todos los sentidos. Casi siempre algunos de los hijos siguen la tradición familiar y ejercen una profesión marítima, no necesariamente la misma que la de sus padres. También aplica esta realidad en sobrinos, cuñados, hermanos, nietos... Los fuertes lazos entre parientes y vecinos refuerzan el asociacionismo profesional y favorecen la continuidad de estas profesiones en el seno familiar. No es extraño, entre la gente de mar, que complementen sus ingresos con otras ocupaciones, como la transformación del pescado (salazón) o su venta. Salvo en las ocupaciones a bordo del barco, las mujeres de estas familias marineras –especialmente las pescadoras– mantienen un papel notable en la limpieza y salazón del pescado, la elaboración de canastas de mimbre o en la distribución y venta de las capturas.

Casi una continuidad –prueba de las virtudes del diálogo y la colaboración en proyectos comunes– es el aporte de Guadalupe Carrasco González y Jesús Manuel González Beltrán («Gente de mar: actividad profesional y entorno familiar en la bahía de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII», pp. 285-334). Bajo el arco de una evocadora cita del *Tratado de las enfermedades de la gente de la mar* (1805), comienza una reflexión sobre la escasez de historiografía demo-social relativa a la gente de mar. El objetivo es, ahora, poner las primeras bases de un estudio acerca de este colectivo humano en la bahía de Cádiz, justo en el momento en que la Carrera de Indias más impacto genera en la zona. Para ello, se van a servir de las respuestas generales del Catastro de Ensenada (1752), varios padrones (El Puerto de Santa María, Cádiz y Rota), la revista de la Matrícula de Mar de 1774, así como documentación notarial. Más de una vez se ha expuesto en *Los hogares* que la expresión «gente de mar» trasciende a la de «tripulación». Ahora se precisa aún más: la noción de «navegante» no implica la de gente de mar, pues estaban los mercaderes y sus encomenderos. Del análisis de los datos resulta que la mayoría de la población marinera de la Bahía no posee propiedades, pero más del 80 % de sus hogares están constituidos por una familia nuclear, lo que despeja, definitivamente, «la imagen estereotipada de la gente de mar como individuos con escasa sociabilización y reacios a mantener un domicilio estable» (p. 316). Las últimas páginas se dedican a analizar algunos contratos y testamentos de marineros donde suelen manifestarse la preocupación por dejar aseguradas económicamente a sus familias.

Entre los síntomas del actual vigor historiográfico español, destaca la creciente adopción de perspectivas de género en asuntos tradicionalmente masculinizados. En *Los hogares de los mares*, la aportación de la óptica de género es notable y se inicia, a modo de mapa del territorio, con el trabajo de Ofelia Rey Castelao («Mujeres de las comunidades marítimas a finales de la Edad Moderna: lo que sabemos y no sabemos de ellas», pp. 59-82). Más que un repaso bibliográfico, nos brinda varios aspectos de la historia de las mujeres en el ámbito marítimo que cuentan ya con alguna base historiográfica, a partir de la cual podría profundizarse: comportamientos demográficos

(edad de matrimonio, número de hijos, tamaño de los grupos domésticos, efectos de las migraciones); su papel como trabajadoras fuera del hogar; la hostilidad de las ciudades portuarias hacia las mujeres; la recurrente circunstancia de maridos ausentes o fallecidos, fragilidades que podían provocar una caída en la marginalidad (madres con hijos ilegítimos, abandono de estos, prostitución). Por último, un breve apunte sobre el protagonismo de las mujeres en motines y levantamientos sociales.

Uno de los centros de atención historiográfica –en lo que al estudio de las mujeres del mundo marítimo se refiere– es la situación cuando menos protomarginal en la que cayeron muchas de ellas. A partir de las peticiones de ingreso en la Casa de Misericordia de Barcelona, Mariela Fargas Peñarrocha («Hogares ausentes y trayectoria de género en la Barcelona de mar (XVII-XVIII)», pp. 171-192) nos detalla las circunstancias por las que estas mujeres se acogieron a esta institución de beneficencia. Los datos absolutos, muy minoritarios, son menos importantes que la trágica realidad que brota de ellos: jovencitas inadaptadas, rebeldes, que no aceptan las normas –patriarcales– frente a la ausencia de una figura masculina protectora; viudas cercanas a la vejez incapaces de mantener una mínima dignidad material; entregas de hijas ante madres con problemas psíquicos agravados por la pobreza... En trayectoria semejante se sitúa la colaboración de Nira Santana Montañez y Juan Manuel Santana Pérez («Hombres de mar y mujeres de tierra. El miedo a la pérdida del esposo en Canarias durante el Antiguo Régimen», pp. 335-354). A partir de documentos del Tribunal Eclesiástico de las diócesis de Canarias y Tenerife, recorreremos algunas de las tesituras afrontadas por las familias ligadas al mar. La dureza del trabajo en los barcos, ausencias de maridos e hijos durante meses y años; el desamparo de madres y viudas que podían verse abocadas a acciones ilícitas (hurtos, prostitución, adulterio, abortos...). El desempeño de las mujeres ligadas al mar fue notorio, por mucho que hayan permanecido invisibles a ojos del historiador: además de hacerse cargo del cuidado de los hijos y otros familiares incapacitados para el trabajo en la mar, ejercen numerosos oficios: desde el arreglo y venta del pescado hasta fungir como regatonas de otras mercancías; tejedoras, lavanderas, parteras, incluso hechiceras.

La exploración más teórica, programática y combativa de todo el volumen es la que pergeña María Dolores González Guardiola («Héroes y villanos. Masculinidades, guerra y hogares de la Real Armada», pp. 83-100). La historiografía de género sobre conflictos bélicos –incluido el entorno de la Armada– se ha consagrado hasta el momento en la situación de la mujer: sus muchas formas de implicación en la guerra, más allá de luchar y morir en campo de batalla (la tragedia de ser consideradas botín para vencedores y objeto de una violencia sexual considerada como arma de guerra). Sin embargo, hasta ahora ha sido poco tratada «la complejidad y heterogeneidad de los desempeños masculinos desde una óptica intragenérica múltiple y relacional» (p. 84). Es decir, lo mismo que buscamos complejizar la consideración de la mujer como víctima –no todo era llorar y sufrir: con redaños y dolor tuvieron que salir adelante–, también deberíamos «discutir esa visión teórica y esa percepción social sobre los papeles masculinos ligados a la guerra» (p. 85). Las masculinidades (estoicas, disciplinadas, tenaces, valientes, fuerte, impávidas, racionales, voluntariosas...) eran

igualmente complejas, matizables e incluso puestas en entredicho por la propia acción de muchos hombres también víctimas de una masculinidad impuesta.

Nos encontramos, pues, ante un libro que proporciona una lanzadera intelectual para afrontar nuevas indagaciones sobre historia marítima y cuya lectura resulta ineludible para cualquier historiador o historiadora que se tenga por profesional solvente.